



REVISTA DE INVESTIGACIÓN
EN GESTIÓN CULTURAL

Córima, Revista de Investigación en Gestión Cultural

ISSN electrónico: 2448-7694

Universidad de Guadalajara

Sistema de Universidad Virtual

México

corima@udgvirtual.udg.mx

Año 1, número 1, julio-diciembre 2016

El problema de la situación histórica de la gestión cultural en Chile en relación con su conceptualización y su proceso performativo

Rafael Eduardo Chavarría Contreras¹

Hugo Andrés Valenzuela Pizarro

Universidad de Santiago, Chile

DOI: 10.32870/cor.a1n1.4882

[Recibido: 25/01/2016; aceptado para su publicación: 26/02/2016]

Resumen

El presente artículo reflexiona sobre las distintas expresiones de inserción de la gestión cultural en el ámbito chileno, que va más allá de lo meramente estético. En efecto el contexto histórico donde se enmarca el proceso es determinante en la forma en que la institucionalidad lo asume, incorporando los valores, creencias, intereses convergentes. De esta manera la gestión cultural se presenta como acto performativo que integra en un proceso comunicativo que se

¹ Correo electrónico: rafael.chavarria@usach.cl

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Chavarría Contreras, R. E., Valenzuela Pizarro, H. A. (2016). El problema de la situación histórica de la gestión cultural en Chile en relación con su conceptualización y su proceso performativo. *Córima, Revista de Investigación en Gestión Cultural*, 1(1). doi:10.32870/cor.a1n1.4882

nutre de la interdisciplinariedad como un concepto innovador, capaz de generar nuevos relatos mediados hacia una lógica transformadora.

Palabras clave

Gestión cultural, acción performativa, historia sociocultural chilena, institucionalidad cultural.

O problema da situação histórica da Gestão Cultural no Chile em relação a sua conceptualização e a seu processo performativo

Resumo

Este artigo reflete sobre as várias expressões da inserção de gestão cultural no domínio chileno, que vai além do meramente estético. Na verdade, o contexto histórico em que se insere o processo é crucial na forma como as instituições são assumidos, isto é, incorporando os valores, crenças, interesses convergem. Assim a gestão cultural é apresentada como ato performativo que incorpora em um processo comunicativo que recorre a interdisciplinaridade como um conceito inovador, capaz de gerar novas histórias meados, Rumo a uma lógica de transformação.

Palavras-chave

Gestão cultural, ação performativa, história chilena sociocultural, instituições culturais.

The problem of the historical situation of Cultural Management in Chile in relation to its conceptualization and its performative process

Abstract

This article analyses the different expressions of insertion of Cultural Management in the Chilean field, which goes beyond the merely aesthetic aspect. In effect, the historical context in which the process places is determinant in the form in which the institutionality assumes it, is worth saying, incorporating the values, beliefs, interests, which converge. Hereby Cultural Management appears as a performative act that is integrated in a communicative process that is nourished of the interdisciplinarity as an innovative concept, capable of generating new mediated statements, towards transformer logic.

Keywords

Cultural Management, Performative Action, Chilean Sociocultural History, Cultural Institutionalidad.

Aproximaciones a la gestión cultural

Acercarse a la gestión cultural presenta grandes desafíos conceptuales, dependiendo del contexto donde surja el uso de lenguajes y sus nuevas prácticas para el contexto latinoamericano. En un sentido similar al esbozado por Stuart Hall (1994) se define a la cultura como los significados y valores que emergen entre grupos sociales diferenciados, sobre la base de sus condiciones y relaciones históricas dadas a través de las cuales “manejan” y responden a las condiciones de existencia; las tradiciones y prácticas vividas a través de las cuales son expresadas esas “comprensiones” y de cómo están encarnadas. Ambos usos, tanto el de carácter más antropológico que pone el acento en las prácticas de los grupos sociales o comunidades o pueblos como aquel que pone el acento en las ideas, van a estar presentes con variados matices e inflexiones en los diversos enfoques y formas diferentes de encarar la gestión cultural.

Si se parte de su segundo uso aquello que interesa desde este enfoque a la gestión cultural es la producción y consumo de bienes culturales y artísticos. En este sentido, hacer gestión cultural consiste en administrar una institución vinculada con la actividad cultural; rescatar y proteger el patrimonio; promover el cultivo de las artes; ejecutar programas que divulguen las distintas expresiones artísticas; democratizar el acceso a las artes; fomentar la creación de contenidos propios y de calidad a través de los medios de comunicación. Por otra parte si se entiende y se asume la cultura en relación con su primer uso: “las tradiciones y prácticas vividas a través de las cuales son expresadas esas ‘comprensiones’ y en las cuales están encarnadas” permiten reconocer como culturales no solo las expresiones artísticas, sino todas las realizaciones de un grupo social, pues la cultura es el modo particular como la gente vive su vida cotidiana, tejiendo sus lazos sociales. Desde esta perspectiva la cultura es el factor de crecimiento y desarrollo social.

En este contexto se entiende la gestión cultural, además de lo artístico, como todo aquello que desde el quehacer cotidiano lleve a la concertación ciudadana, al reconocimiento de las diferencias, a la invención y recreación permanentes de las identidades y al descubrimiento de razones para la convivencia social con carácter participativo. Es así como el objetivo del presente estudio lo constituye una reflexión en torno a la emergencia de la gestión cultural en el ámbito institucional chileno, la

cual puede ser analizada en tres objetivos: una situación histórica claramente definida en la institucionalidad reinante; el diseño de un lenguaje que la identifica con respecto de otros quehaceres socioculturales; y como una labor en construcción que se origina desde las prácticas socioculturales tomada con posterioridad por el Estado, a modo de entregarle una sistematicidad. Así, la gestión cultural se transforma en una generadora de cultura y, en este sentido, ¿sería posible hablar de gestión cultural como una acción performativa?

Contextualización histórica de la gestión cultural

En América Latina se comienza a hablar de gestión cultural a fines del siglo XX, específicamente a mediados de la década de 1980. Su surgimiento constituye una suerte de legitimación de comunidades culturales y artísticas para darle continuidad a la animación sociocultural, o a la promoción cultural en dependencia de los distintos contextos latinoamericanos; lo anterior sin olvidar que no podemos encontrar un práctica única de la gestión cultural en la región, cayendo en esencialismos que más que incluir, excluirían:

[...] Una palabra [que] sea utilizada de maneras tan distintas testimonia su incoherencia fundamental como concepto unitario, pero al mismo tiempo, es aquí donde radica su fuerza y su trampa. Por una parte, debido a la amplitud de su contenido, el término adquiere una gran fuerza de acción histórica (Harvey, citado en Ochoa, 2002, p. 125).

Para el caso de Chile resulta interesante que los años inmediatamente posteriores al término de la dictadura, a partir de 1990, permitieron el surgimiento de un nuevo actor en la escena cultural nacional, a saber, el gestor cultural, quien sería el encargado de sistematizar y de ordenar en un sentido cercano a la administración de lo ya existente, y de gestionar en el sentido de crear nuevos lenguajes para el oficio, los incipientes programas culturales.

Según Navarro (Lahera, 1993, pp. 295-308) dicho personaje sale a la palestra del medio para orquestar de manera coherente a los creadores, productores, entes públicos, empresas privadas, medios de comunicación y espacios culturales, es decir, el gestor cultural se presenta como un mediador entre ellos que lentamente tendrá eficacia performativa, como lo dijera Pierre Bourdieu, quien será legitimado por la autoridad y la comunidad. pero al mismo tiempo situado en un momento histórico propicio, precisamente generando una nueva institucionalidad en el aparato estatal.

A partir de los años 1990 para el caso de Chile, pero también para gran parte de América Latina, la cultura se sitúa en un esquema protagónico en las

transformaciones político-culturales, entendiendo que dichas transformaciones – según Hall– no pueden ir separadas y cada una de ellas tiene el grado de importancia como la economía y su productividad. Varias de estas se enmarcan en el proceso de transición democrática, las cuales se sustentan en una planificación o reajuste en términos institucionales respecto de lo propiamente cultural. Lo anterior se conforma en tres ejes: la descentralización; la integración de las artes y de las culturas tradicionales y mediáticas a nivel escolar; la inclusión de sectores marginados a través de la ciudadanía cultural (Yáñez, 2013, p. 97). En este sentido la acción de la cultura establece una relación estrecha con la praxis política.

La formación académica en gestión cultural data en Chile desde el año 2002, con un programa de pos-título en Gestión Cultural escolar realizado en la Universidad de Chile. A partir de entonces su diversificación, en cuanto a oferta de títulos y grados, ha sido significativa. En la actualidad y como parte de un conceso generalizado las habilidades teóricas, la investigación y el saber técnico o quehacer práctico son los pilares de una gestión cultural incipiente con variadas aristas de posicionamiento, las cuales son desarrolladas en territorios, universidades e instituciones ligadas a la cultura; es el reflejo de una actividad en pleno desarrollo e inacabada construcción identitaria.

La temporalidad académica no siempre coincide con aquella de la práctica. Se menciona la participación de “gestores culturales” junto a parlamentarios a fines de 1996, en calidad de convocantes del Encuentro de Políticas Públicas, Legislación y Propuestas Culturales realizado en Valparaíso, del cual surgieron propuestas sobre cultura y donde se reiteró la necesidad de avanzar en la creación del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA) como forma institucional de la cultura en Chile.

Esto fue propuesto en 1990 por la Comisión de Personalidades, la cual fue convocada durante el gobierno del presidente Patricio Aylwin. También se destaca la participación –junto a parlamentarios, creadores y empresarios– en la Comisión Asesora Presidencial en Materias Artístico-Culturales, reunida en 1996 por el entonces presidente Eduardo Frei, la cual en su informe reitera la propuesta de una institucionalidad cultural para Chile y aporta elementos para establecer un presupuesto para la cultura (CNCA, 2005).

Es así que la gestión cultural como oficio dentro de la institucionalidad surgirá con la premisa neoliberal de gestión, donde la búsqueda del resultado, la captación de los recursos y el alejamiento paulatino de rol del Estado –ejemplificados en cuestiones tales como la articulación de una política cultural– son la base de un proceso autorregulado y difuso, en el cual la performatividad –entendida como

eficacia para el control social tal como lo analizara Lyotard– se transforma en una máxima que se desarrollará y potenciará.

Performatividad del lenguaje sociocultural

Para conceptualizar a la gestión cultural resulta necesario apropiarse de un lenguaje que la identifique con respecto de otros quehaceres socioculturales, es así que al hablar de ella nos encontramos con una “confusión mental” (Wittgenstein, 1976, p. 21), la cual es forzosa identificarla dentro de un contexto determinado, pues por lo regular hablamos de gestión cultural desde un quehacer, pero rara vez nos situamos desde su conceptualización e inmediatamente a ello surge la respuesta del mediador, del administrador o, según nuestro caso, de un constructor de un nuevo concepto cultural: una gestión cultural performativa, mediada por los creadores, la creación y la audiencia que recibirá dicha producción.

El presente trabajo no se ocupa de establecer los criterios de audiencia o de cómo es recibida por el espectador como lo dijera Rancière en *El maestro ignorante*, quien exponía la excéntrica teoría y el singular destino de Joseph Jacotot que había causado escándalo a comienzos del siglo XIX al afirmar que un ignorante podía lo que el mismo no sabía, proclamando la igualdad entre las inteligencias y oponiendo la emancipación intelectual a la instrucción del pueblo (Rancière, 2010, p. 9).

Al preguntarnos, sin embargo, el significado de la gestión cultural resulta posible encontrar el significado en sí misma, evitando caer en la tentación de buscar otro objeto que contenga las mismas características. Esto sucede según Wittgenstein, y nos lleva a que un sustantivo nos hace buscar una cosa que le corresponda. En este sentido la definición verbal propuesta por el autor nos acerca hacia el progreso del concepto a partir de su práctica, pero que igual puede desconcertar para llevarnos a una gestión cultural basada en la buena administración de los recursos ya existentes, en desmedro de una que invoque la creación de nuevos conceptos, saberes y prácticas.

Al analizar la gestión cultural en la definición ostensiva (Wittgenstein, 1976, p. 28) y en la lógica de la analogía resulta posible acercarse a la gestión cultural como un acto propiamente ligado con el mundo del arte, abandonando su veta sociocultural y evitando de esta manera acercarse a sus orígenes relacionados con la animación sociocultural y la educación popular, transformándose en un suerte burócrata de la cultura, generando desde políticas y pasando por los programas, proyectos hasta llegar a las actividades que sean condescendientes con el modelo imperante según el contexto.

En ese sentido es necesario darle un significado a la frase gestión cultural, no como un concepto sin historicidad, sino como una sistematización de prácticas que incluso es posible encontrar 15 años antes de sí, es decir, durante el período de la Unidad Popular. Un ejemplo de ello corresponde a la labor ejercida por la empresa Editora Nacional Quimantú, la cual se basó en su lógica de administración interna para entender la cultura a partir de un programa que motivara hacia el hombre nuevo, “ampliando gradualmente” las audiencias. Por esto resulta importante identificar (Wittgenstein, 1976, p. 22) lo que efectivamente se entiende por gestión cultural, y a aquello que se le denomina hacer gestión cultural contextualizada en nuestro caso desde América Latina y más específicamente de Chile y desde su capital Santiago.

No es lo mismo conceptualizar la gestión cultural recurriendo de nuevo a Ludwig Wittgenstein sin contextualizarla, pues podría entenderse como un oficio que necesita de una historicidad para situarla y no como un conjunto de prácticas, concibiendo para nuestro caso que son previas para su aplicación en situaciones alejadas como lo podría ser la década de 1970. El oficio debe ser comprendido donde se busque una imagen que, efectivamente, haya ocupado el concepto a partir de mediados de los años 1980, y así aproximarse a la categoría de un contexto y un tiempo anterior al determinado por su surgimiento oficial.

Para la gestión cultural en la mayoría de los casos interpretamos la frase en un contexto situado, incapaz de llevarlo a otros momentos históricos, existiendo como bien lo dijera Wittgenstein como un proceso mental definido y vinculado con la actuación propia del lenguaje por los que funciona este, el cual es correspondiente a los procesos de comprensión y significación; es en este sentido que la relación entre un nombre y la cosa que se nombra corresponde a una relación psicológica como mecanismo de asociación.

No obstante esto, la frase “gestión cultural” obtiene su significado del sistema de signos del lenguaje al cual pertenece, y es así como se debe entender. Significa comprender el lenguaje, y puesto que el significado del signo se adquirirá del lenguaje al cual pertenece y a su sistema de signos se comprenderá la frase (Wittgenstein, 1976, p. 31); en nuestro caso se advierte para su contextualización histórica, generando una realidad antes no existente. Así, sin experiencia previa no hay significación de palabras, según expone Ludwig Wittgenstein.

Esto llevado al campo de la gestión cultural donde puede argumentarse con el proceso histórico de la Unidad Popular resulta relevante. Incluso es posible vislumbrar en el discurso de la creación del Ministerio de Cultura de Nicaragua, en el año 1981, un nuevo lenguaje de creación cultural que podría dar luces de la gestión cultural como proceso de performatividad: el Ministerio de Cultura se coloca entre la

Nicaragua que heredamos –desposeída y alejada de su identidad– y la Nicaragua del hombre nuevo, dueño en su propia cultura, dueño de sus propios valores [...]. El pueblo dejará de ser un mero receptor de los valores culturales y se convertirá en el hacedor de la cultura (Miller y Yúdice, 2004, p. 164).

Conceptualizaciones, continuidades y rupturas

La gestión cultural debe ser entendida a partir de su concepto como una profesión o especialización profesional creada por los propios gestores, y su genealogía es posible situarla desde la animación sociocultural. En este sentido lo que aquí prepondera corresponde a los procesos participativos y asociativos, los cuales responden a actividades específicas de las políticas culturales. Un antecedente directo para la intervención sociocultural se sitúa en las propuestas de la educación popular a través del pensamiento y de la práctica de Paulo Freire; sin embargo, no es posible abordar las tendencias actuales de la intervención sociocultural en América Latina sin hacer referencia a sus asunciones epistemológicas, las cuales están vinculadas con el pensamiento descolonizador (Sárrate y González, 2013, p. 32).

Con un sesgo más historiográfico que antropológico si lo comparamos con México, por ejemplo, Chile experimenta procesos equivalentes a partir de la segunda década del siglo XX en los cuales se refieren a la institucionalidad cultural que dará de antesala para la gestión cultural, ya casi finalizado el siglo XX. Sin ánimo de revisar, todos podemos señalar la creación en el año 1925 del Consejo de Monumentos Nacionales por medio del decreto Ley número 651, normativa que rigió hasta 1970 cuando se promulgó la Ley de Monumentos Nacionales vigente hasta la actualidad.

En 1929 se crea la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM) con el objetivo de coordinar las actividades y la administración de las diez instituciones culturales –museos, bibliotecas y el Registro Conservatorio de la Propiedad Intelectual– formadas entre 1813 y 1925. A principios de la década de 1930 se institucionaliza la extensión cultural en el ámbito de la Universidad de Chile, implementada luego por el resto de las universidades existentes en aquel entonces (Universidad de Concepción, Universidad Técnica del Estado, Universidad Católica).

En 1932 se crea el Departamento de Extensión Cultural del Ministerio del Trabajo que operó durante la década de existencia como un: “órgano de política cultural del Estado [...] orientado hacia los trabajadores y los sectores populares, siendo siempre su director Tomás Gatica Martínez” (Subercaseux, 2011, p. 107). A ello le siguen, entre otras acciones, la creación de *Chile Films* en 1941 con fondos provenientes, principalmente, de la Corporación General de Fomento (CORFO); la

concesión de la televisión pública a las universidades por parte del Estado se dio en los años 1950, y el dinámico proceso de extensión y masificación de la cultura –en sus diversas formas y expresiones– se logró en las décadas siguientes hasta el golpe de Estado en 1973.

Tras la referencia a estas experiencias subyacen para el examen del desarrollo de la gestión cultural en Chile algunos supuestos y otras afirmaciones. Entre las primeras la gestión cultural y los gestores culturales anteceden a su reconocimiento y formación por, y en, la academia, la cual viene a sistematizar –en gran medida a redefinir y circunscribir– un conjunto de saberes y prácticas acumulado y retransmitido en su praxis durante un tiempo histórico previo a su formalización.

Así como en México es en el seno del proceso histórico de creación de su institucionalidad cultural donde se desenvuelven las primeras formas de gestión cultural con visiones, capacidades e impulsos diferentes según la etapa histórica. Por ello resulta dable suponer la posibilidad de examinar el desarrollo de la gestión cultural en Chile en el despliegue histórico de su propia institucionalidad cultural. De modo similar, así como en España se identifica como antecedente de la formación académica de los gestores culturales a su propia praxis, siendo factible pensar que para el caso chileno esas praxis se registran en relación y dentro del proceso histórico de desarrollo de su institucionalidad cultural.

Entre lo no presupuestado está el poder homologar, sin registro de inventario, aquello que en la actualidad se entiende por gestión y gestores culturales con las formas de organización, intervención, administración y gestión de la cultura, surgidas en la época histórica previa de la gran transformación operada por el neoliberalismo a nivel global a partir de los años 1980. Esta última es una consideración fundamental para la comprensión de las continuidades y rupturas (Hall, 1994) entre las formas de organización, intervención y gestión de la cultura entre ambas etapas históricas, que involucra una serie de problemas.

Lo anterior presenta una problemática entendida con base en la órbita de Lyotard en torno a las investigaciones, donde la administración de pruebas presenta complicaciones. Para definir las reglas de la conceptualización de gestión cultural nos situamos en una alternativa empírica y no lógica –el problema concreto–, ya que buscamos enunciados que quepan en la axiomática; no obstante, esta situación resulta de gran importancia para el investigador. La gestión cultural como acto performativo integra un proceso comunicativo entre quién realiza gestión y quién la toma, nutriéndose de la interdisciplina como un concepto innovador. En este oficio, con el modelo actual, lo importante se sitúa en el poder y no en la verdad, en consecuencia y tal como lo asevera Lyotard lo que importa es el discurso como

legitimación del poder, lo cual parece impedirle y corresponde a la diferencia entre lo fuerte y lo justo más que lo verdadero. En este sentido, la fuerza se deriva de la técnica, aunque se exceptúa en caso del terror, pues aquí se destruye el vínculo social.

La performatividad, por otro lado, al aumentar la capacidad de prueba acrecienta la de tener razón, y la gestión cultural al legitimarse institucionalmente se convierte en un arma capaz de generar transformaciones sociales, creando una lógica sociocultural que se encuentra mediada por la labor del gestor. Ahora bien, el poder se legitima no solo por la buena performatividad, sino también por la buena verificación y el buen veredicto, asevera Lyotard, y con un eficiente procedimiento performativo existiría una legitimación por el hecho, por la eficacia del gestar culturalmente y no solo por el poder.

He aquí un punto de importancia, pues el criterio de performatividad es invocado explícitamente por los administradores, por el Estado o por los privados para justificar la eficiencia de la gestión cultural en relación con los impactos y las audiencias comprometidas, abandonando en cierta manera sus orígenes socioculturales. Es por esta razón que los gestores culturales se burocratizan y se convierten en funcionarios de la administración, o en su defecto en administradores de una cultura que no necesariamente dialoga con las comunidades donde se inserta.

La acción performativa de la gestión cultural no se relaciona con la emancipación, sino que genera competencias y en consecuencia es funcional y profesionalizante. Esto es similar a lo planteado por Pierre Bourdieu desde la lógica de la teoría de los campos y su relación con los distintos capitales, en este caso social y cultural, que se insertan dentro del espacio social. Se deja de lado completamente el sentido democratizador –acción bidireccional y sinérgica del “deber ser” de la acción performativa de la gestión sociocultural, los valores de uso y su repercusión en la política y lo político–.

A modo de síntesis, la gestión cultural como mediadora de conflictos y convocadora al consenso constituye el accionar mayoritario de la actual gestión cultural, de manera funcional y abandonando de cierta manera sus orígenes ligados a la animación sociocultural; no obstante esto, su lenguaje propio lleva consigo una actitud capaz de generar nuevos relatos mediados, resignificándolos hacia una lógica performativa. Esto en definitiva mantendrá la puerta abierta a la relación dialéctica entre el objeto-sujeto / sujeto-objeto de estudio de la gestión cultural.

Referencias

- Hall, S. (1994). Estudios culturales: dos paradigmas, en *Revista Causas y azares. Los lenguajes de la comunicación y de la cultura en (la) crisis*. Núm. 1. Buenos Aires, Argentina.
- Infante, M. y Letelier, M. (2013). *Alfabetización y educación. Lecciones desde la práctica innovadora en América Latina y El Caribe*. Santiago de Chile: Oficina Regional de Educación de la Unesco para América Latina y el Caribe (OREALC/UNESCO).
- Lahera, E. (1993). *Cómo mejorar la gestión pública*. Santiago de Chile: Centro de Estudios para Latino América Cieplan (Cieplan)/Flacso/Foro 90.
- Miller, T y Yúdice, G. (2004). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona, España: Gedisa.
- Ochoa Gautier, A. M. (2002). Desencuentros entre los medios y las mediaciones: Estado, diversidad y políticas de reconocimiento en Colombia”, en M. Lacarrieu y M. Álvarez (comp.). *La (indi) gestión cultural: una cartografía de los procesos culturales contemporáneos*. Buenos Aires, Argentina: Ciccus/La Crujía.
- Política cultural chilena (2014). *Chile quiere más cultura. CNCA 2005*. Recuperado de <http://www.cultura.gob.cl/wp-content/uploads/2012/03/Chile-Quiere-M%C3%A1s-Cultura.-Definiciones-de-Pol%C3%ADtica-Cultural-2005-2010.pdf>
- Rancière, J. (2010). *El espectador emancipado*. Castellón, España: Ellago Ediciones.
- Sárrate, M. L. González, A. L. (2013). *Animación e intervención sociocultural*. Madrid, España: UNED.
- Subercaseaux, B. (2011). Estado y cultura, capítulo II, tomo III, en *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria. Recuperado de <http://www.ideasculturaenchile.cl/>
- Williams, R. (1981). *Cultura. Sociología de la comunicación y el arte*. Barcelona, España: Paidós.

Wittgenstein, L. (1976). *Los cuadernos azul y marrón*. Madrid, España: Tecnos.
Francisco Gracia G. (traductor).

Yáñez, C. (2013). *La identidad del gestor cultural en América Latina. Un camino en construcción*. Manizales, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.